

sentaciones el último canto de la escultura clásica... ¿no será, también, el estudio crítico de De la Maza el último que con tales premisas pueda hacerse? Así como sentimos la pérdida de los dioses y la pérdida de la escultura clásica, pero no podemos hacer nada por recobrarlos, así también —parecería— sentimos que estudios como el de Francisco de la Maza no habrá más, y tampoco podemos evitarlo.

Francisco de la Maza es sin duda un escritor disparejo. Tan pronto sale de él una prosa ágil, substancial, alegre y precisa, como se deja llevar por las exageraciones desbocadas y resulta confuso. Pues bien, en el libro que reseñamos pareciera que los dioses, reconocidos (Antinoo el primero), le hubieran concedido la gracia. Tal vez entre las cosas salidas de la pluma de nuestro —ahora sí— barroco escritor, ninguna sea de tan amable lectura, ninguna así de elegante. Hasta las exageraciones (porque las hay en el libro, como no podía no ser en algo salido de don Francisco), hasta sus *boutades*, resultan consonantes y de ninguna manera desagradan.

Por último, queda lamentar que un libro de tal valor e importancia, a juicio nuestro, no haya sido editado más pulcramente. Es lástima que mucho del estupendo material fotográfico y de los grabados antiguos que logró allegarse el autor, desmerezca por la mala calidad del papel; es una lástima también que la edición, tanto en el texto como en la impresión de los clichés, no haya resultado suficientemente cuidada.

En fin, después de lo que queda dicho en esta reseña,

parecería redundante recomendar la lectura de este libro que se lee como novela y resulta útil como el más erudito de los trabajos de investigación. Pero, como es costumbre hacerlo cuando el resencionista encuentra valiosa la obra reseñada, invitamos al lector de esta nota a convertirse en lector de *Antinoo, el último dios del mundo clásico*.

—Jorge Alberto Manrique

Mauricio Swadesh y Magdalena Sancho: *Los mil elementos del mexicano clásico. Base analítica de la lengua nahua*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1966, 90 pp.

El historiador que recurre a las fuentes de la historia antigua de México, el filósofo que desea conocer de cerca el pensamiento de un gran pueblo americano, el antropólogo que estudia el mundo de los antiguos mexicanos, el lector en general, atraído por las obras clásicas prehispánicas, el mexicano o el extranjero que anhelen dominar la lengua de los antiguos pobladores de Tenochtitlan, reciben del doctor Swadesh y de la señora Sancho una breve pero nutrida obra destinada a facilitar el manejo del nahua en que redactaron, lo que recordaban, los informantes de Fray Bernardino de Sahagún.

Un estudio analítico como el que reseñamos, renovador en su concepción y revolucionario por la teoría lingüística que lo sustenta, no es ya insólito entre nosotros: el mismo doctor Swadesh y la profesora Arana publicaron recientemente una obra semejante sobre la lengua mixteca; Swadesh y Bastarrachea están por dar a conocer la base analítica del maya clásico; Robles ha publicado los elementos del tzeltal; los autores del libro que comentamos preparaban otra obra sobre el porhé o tarasco, otros investigadores estudian el zapoteco y matlatzincas clásicos con el mismo fin... Se incrementa, así, el interés de los estudiosos mexicanos por las

altas culturas que florecieron en el México prehispánico y se ofrece al interesado una valiosa ayuda para la lectura de los textos que, con caracteres latinos, nos legaron los antiguos pobladores de Mesoamérica a través de los frailes humanistas, sin cuya labor este acervo cultural habría desaparecido.

La obra de Swadesh y Sancho se divide en tres partes: la primera es un breve tratado sobre el mexicano clásico, en el que se habla de los congéneres lingüísticos, de los sonidos y la grafía empleada para representarlos, de la forma que tomaron las palabras mexicanas al introducirse en el español, de los principios de la construcción de las palabras nahuas, de la inflexión de esta lengua y de la manera en que se analizan las palabras mexicas. Proporciona esta primera parte un fondo léxico nahua para el principiante, basada en las palabras nahuas que todo hablante del español de México utiliza —préstamos, toponímicos—; da algunos principios nemotécnicos con palabras nahuas de pronunciación y significado semejante a palabras españolas, nos habla del calendario mexicana y de los principios semánticos de la lengua nahua, propone un método de aprendizaje del náhuatl a través de las lecturas de documentos, y presenta una bibliografía selecta sobre la cultura, la literatura, la filosofía y la lengua de los antiguos mexicanos.

La segunda parte es una tabla de afijos y combinaciones para el análisis de los vocablos mexicanos; la tercera, que abarca 37 páginas únicamente, contiene el inventario de los elementos con todos los significados de cada uno. Un apéndice, preparado por Juan José Rendón, contiene el vocabulario español-mexicano para el lector.

Es de gran interés señalar que el análisis de las palabras y textos nahuas, que sirvió de base para establecer cuáles son los elementos de la lengua, fue hecho con ayuda de computadoras electrónicas en el Centro de Cálculo de la UNAM: un nuevo medio, al servicio de la moderna investigación lingüística,

que redujo a meses un trabajo que habría llevado años el hacerlo.

Lo que Miguel León-Portilla escribe en el prólogo, puede ser la conclusión de la lectura de este estudio: "...contamos ahora con nuevo instrumento de trabajo para acercarnos a una más cabal comprensión de la estructura del náhuatl y de sus elementos formativos. Habrá de ayudar a quienes se interesan en el estudio de la lengua y la cultura del México antiguo".

—Daniel Cazés

C. H. Rolph (edit.): *Encuesta sobre la pornografía*, Seix y Barral. Barcelona, 1965.

Ludwig Marcuse: *Obszön: Geschichte einer Entrüstung*, Editorial Paul List, Munich, 1962.

Cuando Sigmund Freud escribió en el frontispicio de su "Interpretación de los sueños" el verso virgiliano

*flectere si nequeo superos,
acheronta movebo*

(si no puedo doblegar los cielos, conmovaré los infiernos), anunciaba una revolución sin precedentes en la concepción del hombre, que habría de desbordar sus intenciones iniciales. Al conmovér los cielos mismos de la civilización, en efecto, puso igualmente en tela de juicio todas las superestructuras ideológicas. Más aún, la interpretación de los sueños se convertiría en modelo de una hermenéutica universal que arrojaría nueva luz sobre todas las cosas y casos humanos. De pronto los productos dereícticos del psiquismo, los fenómenos patológicos, las categorías de marginalismo social cobraron un sentido: los sueños, los síntomas neuróticos, las perversiones sexuales, ya no eran simples productos de desecho, restos inexplicables e irrelevantes de una estructura psico-social que agotaría la racionalidad de lo humano, sino signos de protesta contra el carácter opresivo de esa estructura. Al interpretar las llamadas perversiones sexuales como rebeliones contra el sometimiento de la se-



xualidad al orden de la procreación y como reivindicaciones del principio del placer contra el principio de rendimiento impuesto por una sociedad opresiva, hizo forzoso el replanteamiento radical de las relaciones entre la cultura —la “moral cultural”— y la sexualidad. Recientemente dos libros —entre otros muchos— se han propuesto esta revisión a través del análisis de una categoría sociocultural típicamente marginal en nuestra civilización: la de la pornografía.

La *Encuesta sobre la pornografía* está integrada por seis contribuciones de otros tantos especialistas: un abogado, un esteta, un antropólogo, dos clérigos y un psicoanalista. La encuesta trata de dilucidar, no sólo el concepto de pornografía, sino sobre todo las razones de su proscripción social. Y —cosa inaudita hace 70 años— los autores, representantes de diversas ramas de la ciencia y de los intereses culturales, ya no están de acuerdo entre sí, no digamos en cuanto a las razones o los procedimientos para combatir la pornografía, sino en cuanto a la justificación de su condena.

El psicoanalista Gosling, ejemplo, después de poner en relación la pornografía con la escotofilia y las fantasías masturbatorias de la infancia (y con las regresiones neuróticas posteriores) concluye afirmando la inoperancia de toda medida de censura o prohibición de la pornografía: sus clientes habituales no dejarán de serlo porque se la prohíba y hasta puede ser perjudicial para la salud mental de algunos que, privados de esta válvula de escape, recurrirían a conductas más antisociales. Para el doctor Gosling lo más grave del asunto es el duelo social entre el pornógrafo y el censor, más que la pornografía misma. De ahí que, con no poca perplejidad, llegue a aceptar como admisible cierta forma de control.

Las tesis del estético Sir Herbert Read son claras: Primero, la pornografía es un fenómeno social: es una mercancía cuya aparición se debe a determinados caracteres inherentes a una civilización



altamente desarrollada. Segundo, el problema no puede resolverse con ninguna forma de supresión o de censura; tales métodos de coerción no hacen más que agravar la dolencia y tienen muchas otras consecuencias deplorables. La moralidad se robustece con la libertad. Y tercero, vale más prevenir que curar: mediante un diagnóstico de los motivos que rigen a los productores y los consumidores de pornografía, podremos lograr la sublimación de los instintos que entran en juego.

Para el antropólogo Gorer la pornografía es un fenómeno de las letras, que sólo aparece en civilizaciones superiores y no es, por eso mismo, tan universal como la obscenidad. En nuestra sociedad coinciden en gran medida la obscenidad y la pornografía, pero no sucede así en otras culturas, en algunas de las cuales, por ejemplo, es obsceno comer algo sólido en público o el uso de nombres personales. En nuestra cultura, dice, “la pornografía se define por su asunto y por su actitud ante el mismo. El asunto es la actividad sexual en cualquiera de sus formas manifiestas y se la pinta como intrínsecamente apetecible y sugestiva”. Para Gorer “el objetivo de la pornografía es la alucinación. Al lector se le requiere que se indentifique con el narrador o con la situación general en medida suficiente para producir, por lo menos, los concomitantes físicos de la excitación sexual”. El autor advierte que “la literatura alucinatoria es

muy vasta y abarca un considerable número de emociones y sensaciones, además de las sexuales. Posiblemente la analogía más cercana la ofrece la literatura de miedo: el cuento de fantasmas, el relato de horror, la novela de crímenes”. Esta literatura vendría a ser, alternativa o cumulativamente, un sustituto de las experiencias reales en estas materias y un pasto para la insaciable voracidad instintiva.

Las razones de la prohibición de la pornografía parecen basarse, según Gorer, en dos temores contradictorios: en primer lugar, en el temor de que el lector ponga en práctica lo que lee y, en segundo lugar, el miedo a que el lector se sienta satisfecho con esta pseudoactividad limitada a la fantasía, abandonando sus deberes sexuales. El primer temor, que es el más frecuentemente aducido, es, sin embargo, el menos fundado de los dos. En última instancia, si fuera fundado, habría que prohibir con mayor razón la literatura de crímenes, por temor de que el lector los ponga en práctica. Es, pues, más justificado el segundo temor: que se tome la lectura como sustitutivo de la acción y que el consumidor se encuentre tan satisfecho con la gratificación solitaria que omita el cumplimiento de sus deberes heterosexuales. Gorer asegura que no conoce ninguna prueba de que el individuo “se cause a sí mismo más daño cediendo a sus deseos de este orden que resistiendo a los mismos. Para el conjunto de

la sociedad, hoy día, no vamos a creer que cause daño alguno”. Su conclusión es tajante: “Si los masturbadores prefieren extraer sus fantasías excitantes de la pornografía en vez de elaborarlas por su cuenta, no parece que ello importe a nadie más que a ellos. No puedo concebir ningún argumento razonable para justificar la intervención del Estado.” Con todo, admite una excepción por lo que respecta a los adolescentes: ante el temor (científicamente no comprobado aún) de que la pornografía distorsione su maduración sexual, puede estar justificado un cierto control de este tipo de literatura.

Frente a esta actitud analítica, neutral y sólo perpleja en relación con la posible incidencia perturbadora de la pornografía en la maduración de los adolescentes, se alza la actitud resueltamente condenatoria de los representantes de dos confesiones cristianas: el pastor metodista Donald Soper y el abad benedictino Denys Rutledge. Ellos representan el punto de vista tradicional y aducen las racionalizaciones habituales para justificar los tabús contra la sexualidad no subordinada a la reproducción. El ejercicio de cualquier tipo de actividad sexual, aun en la fantasía, fuera del matrimonio monógamo y desvinculado de la finalidad procreadora es, no sólo una falta contra la “pureza”, sino una amenaza contra el orden social existente. El testimonio del pastor metodista no puede ser más elocuente: en primer lugar establece una correlación entre el trabajo productivo y la castidad y entre el ocio y el libertinaje. “La cantidad de mal que los hombres cometen viene determinada por la cantidad de tiempo de que disponen para cometerlo”. Y “un hombre, de no ocuparse continuamente en pensamientos valiosos e ideas creadoras, se vuelve impotente para resistir al asalto de otros más primitivos y sexuales”. En segundo lugar, la libertad sexual es una amenaza contra la moralidad en todos los demás órdenes y especialmente contra el de la justicia conmutativa: “una mu-

chacha instruida (por la pornografía) en servirse como quiere de los cuerpos de otros difícilmente pondrá reparo moral en servirse como quiera del dinero de otros". No se podría evidenciar más cándidamente la colusión secreta entre el orden represivo de la sexualidad únicamente justificada en orden a la reproducción y el orden vigente de propiedad.

El libro de Ludwig Marcuse *Obszön: Geschichte einer Entrüstung (Obsceno: historia de una indignación)*, profundiza la problemática, anterior desde un ángulo filosófico e histórico-cultural. Allí se define lo obsceno como "aquel o aquello que alguna vez, en alguna parte, a alguien o por algún motivo ha provocado la indignación". Esta indignación se dirige contra la sexualidad. El autor estudia el ensañamiento de que ha sido objeto la sexualidad en sus manifestaciones "pornográficas" a lo largo del último cuarto de milenio, al caracterizar a nuestra cultura como una "civilización de hoja de parra". El estudio de esta "historia de la indignación" se centra en seis grandes escándalos literarios: el provocado en Jena en 1799 por la novela *Lucinde* de F. Schlegel; los procesos de París contra *Madame Bovary* de Flaubert en 1856 y contra *Las flores del mal* de Baudelaire en 1857; la acusación formulada en Berlín contra la representación de la comedia *Reigen* de A. Schnitzler en 1921 y los procesos de 1960 en Londres contra *El amante de Lady Chatterly* de Lawrence y de 1962 en Los Angeles contra *Trópico de Cáncer* de H. Miller.

Marcuse hace un penetrante análisis de los perseguidores de la pornografía, tipificados en los casos del americano Antony Comstock (una mezcla de Barnum y Mc Carthy) y del alemán, profesor Brunner, que actuó contra Schnitzler al comienzo del movimiento hitleriano e inspiró sus argumentos antipornográficos en el más taimado antisemitismo. El autor analiza igualmente la actitud y los argumentos de los defensores de los inculpados

en aquellos escándalos literarios y denuncia su filisteísmo y sus contradicciones. No admite la salvedad que se reclama para las obras literarias en nombre de la estética y los valores culturales: el valor literario de una obra sobre el tema sexual, lejos de atenuar, puede muy bien multiplicar los efectos excitantes de sus descripciones o alusiones. No se trata tanto de defender a los autores de genio (por lo general no se sabe si lo son hasta después de muertos) como de defender al lector; y no contra los pornógrafos, sino contra la policía y la censura social, ambas al servicio de intereses muy ajenos a la felicidad del individuo. La obra de Marcuse resulta así una requisitoria implacable contra la moral sexual de la tradición platónica-cristiana-kantiana e idealista y viene a confirmar la idea de Freud (recientemente explicitada por otro Marcuse, Herbert) de que la dominación cultural —en interés de la clase dominante— se basa en una confiscación de las energías sexuales. Y esta crítica alcanza al conjunto de nuestras sociedades industriales, incluidos los países socialistas, donde la pornografía es perseguida con mayor rigor aún que en los capitalistas. Marcuse comenta: "El hecho de que también allí (en la Rusia soviética) se tenga tanto miedo a lo obsceno, demuestra una cosa: que el sexo es un revolucionario peligroso —especialmente para los epígonos de la Revolución".

—Armando Suárez

Varios autores: *El concepto de información en la ciencia contemporánea*. Siglo XXI, Editores, S. A. México, 1966.

En los restos venerables de la antigua abadía cisterciense de Royaumont, cerca de París, han encontrado hogar muy grato, por lo apacible y bello, ciertas reuniones internacionales en las que los hombres de ciencia y de pensamiento filosófico procedentes de todas las tierras cultas del mundo exponen y discuten las materias más nuevas y las cuestiones más interesantes de la sabiduría y la técnica de

nuestros días. El presente volumen, aparecido en Francia en 1965, es producto típico y notable de uno de esos prestigiados coloquios, pues lo constituyen los trabajos sobre cibernética e información científica que presentaron y discutieron en Royaumont un importante grupo de científicos, técnicos y filósofos, todos figuras destacadas y algunas personalidades de reconocida eminencia universal, de cuya amistosa y fructífera colaboración se felicitó con sobrado motivo al señor Marcial Guérout, Presidente del Comité de los Coloquios Filosóficos Internacionales de Royaumont, pues así se nombra el organismo que tiene a su cargo la organización de esos importantes acaecimientos culturales.

No es necesario decir que cada una de las personalidades que asistieron aportó no sólo su sabiduría positiva reconocida, sino también sus puntos de vista personales sobre la gran diversidad de temas que allí se discutieron. Difícil será que un hombre de ciencia o, en términos generales, de actividad cultural, no encuentre en este libro algo que le interese particularmente, pues así la filosofía y las matemáticas como la biología y la cibernética, lo mismo que la historia y la práctica pedagógica, etc., contaron con expositores magistrales y con espíritus investigadores que no dejaron nada sin examinar, pesar y medir en todas las ideas que, en gran número, siempre interesantes y con frecuencia singularmente profundas, desfilaron ante ellos.

De interés humano general, y verdaderamente dramático, es, en particular, todo cuanto se refiere a la cibernética, teoría y técnica del gobierno,



o mejor auto-gobierno, de organismos y de mecanismos, campo este último donde la mecánica ha llegado a realizaciones verdaderamente asombrosas. Muy acertadamente observó el presidente del coloquio que el interés de estas materias llega hasta subyugar a la muchedumbre. "Es —dice el Sr. Guérout— que al construir máquinas que se informan y se regulan por sí mismas, que calculan, razonan, hablan, traducen, recuerdan, eligen y aprenden, el hombre parece haber logrado fabricar en cierto modo su doble, haber creado, en todo caso, un ser superior al simple animal, ya que ningún animal razona, ni calcula, ni traduce."

También para el sociólogo y el psicólogo es de la mayor importancia la teoría de la información. Como dijo uno de los ilustres *coloquianos*, todo grupo social tiende a conocer de manera adecuada la realidad, pero su conocimiento no puede ir más que hasta un límite máximo compatible con su existencia. Más allá de ese límite vital, las informaciones no pasan al grupo si primero no se transforma la estructura de éste, de suerte que no amenacen ya su existencia. Lo mismo sucede con el individuo, cuya estructura psíquica ha de modificarse para que pueda recibir, sin peligro para su equilibrio mental o quizás para su vida, ciertas nociones que de otro modo las amenazarían.

Son frecuentes en este libro, como era de esperar, las ideas complicadas y a veces abstrusas, cosa inevitable aun en asuntos tan nuevos y tan sutiles como son aquellos de que trata. Hay páginas que absorberán intensamente la atención del lector para captar suficientemente su sentido. Pero merece cualquier esfuerzo el plausible intento de penetrar en la complicada urdimbre teórica y técnica en cuyo seno vivimos y algunas de cuyas proezas asombran tanto más cuanto más inteligentemente se las considera. Puede decirse, en realidad, que en estas páginas volamos hacia un mundo futuro, cuyas primicias nos brindan.

—Florentino M. Torner